

4

El «identikit» del político católico latinoamericano

—El Celam organiza en diciembre junto a la CAL un congreso sobre laicos católicos con responsabilidades en la vida pública latinoamericana. ¿Qué características debe tener para Su Santidad un identikit del político católico latinoamericano?

El identikit del político católico no es el del que va a misa y después tiene su vida al margen del Evangelio o su vida política a veces corrupta. No. Su vida cristiana tiene que permear su actividad familiar, laboral, política, etcétera. El identikit del político católico latinoamericano es la doctrina social de la Iglesia llevada adelante. Quizás hoy en día las expresiones que más llegan son ciertos discursos de los movimientos populares.

— ¿La opción preferencial por los pobres debería ser parte?

Entra en la definición, claro. Porque los pobres son el centro del Evangelio. Y la opción preferencial es una consecuencia para subrayar la actividad de un cristiano en la vida social.

¿Cuál es el anuncio alegre del Evangelio según Lucas 4?

El Espíritu del Señor está sobre mí, porque me ha ungido para anunciar el evangelio a los pobres. Me ha enviado para proclamar libertad a los cautivos, y la recuperación de la vista a los ciegos; para poner en libertad a los oprimidos.

No lo pondría como una característica sino como una consecuencia.

Y eso vale también para la vida íntima de una persona. Por mi experiencia también te lo digo. Me confieso cada quince o veinte días. Y pienso un poco, repaso mi vida ahí. Y cuando me cuesta encontrar fallas me preocupo. Porque no puede no haberlas, no puede no haber incoherencias, odios, broncas. El sentirse pecador, necesitado de perdón, es también parte del

identikit del católico y del político católico. No puede ser un político que se siente perfecto, que se las sabe todas. La fe la tiene en la cabeza, pero no le bajó al corazón, ni a las manos. Y eso no es fe, es simplemente teoría de la fe, o creencia.

— ¿La cercanía también forma parte?

La cercanía es medular en el Evangelio. La proximidad.

— En su mensaje al Instituto Ítalo Latinoamericano (IILA) a inicios de junio de este año planteó la necesidad de que se establezcan «diálogos que no sean de sordos». ¿Eso es importante para un político también?

Si hay un diálogo vos tenés que tomar de lo que dice el otro, confrontarlo con lo que pensás vos, elaborarlo, y responderle con lo que te dijo ya incorporado, no necesariamente aceptado, a lo tuyo. En acuerdo o en desacuerdo, o buscando otra salida. Pero si es un diálogo sin incluir al otro se trata de un «diálogo de sordos». Tiene que haber como un camino, son pasos. La cultura del diálogo es eso, para los políticos también. Y lo que más impide la cultura de diálogo es la falta de escucha.

—¿Y la Iglesia está preparada para hablarles a los políticos?

Depende. Los obispos franceses ciertamente sí, por ejemplo. Hace más o menos veinte años hicieron un documento llamado «Política, un tema de todos» (*Politique: affaire de tous*, de 1991) y el año pasado lo han resucitado con un texto llamado «Reencontrar el sentido de la política» (*Retrouver le sens du politique*). A nivel latinoamericano hay pastores que saben hablar con la política. Pero, por favor, tener en cuenta que hablar no es pedir; hablar es escuchar y responder, dialogar, y no buscar una ventaja.

—¿Qué es la corrupción para el papa Francisco?

Hay un folleto que escribí en Córdoba, en 1991, luego del asesinato de María Soledad Morales en la provincia de Catamarca, tras un artículo de Octavio Frigerio en el diario *La Nación* que me inspiró. Y de ahí salió la distinción entre pecado y corrupción. Ese folleto —le digo así porque fue un libro chico, cortito— fue editado como «Corrupción y Pecado», y bastante traducido. La tesis que planteo es que el problema de la corrupción difícilmente tiene vuelta atrás. Distingo entre pecado y corrupción.

El pecador es una persona que conoce límites, que tiene equivocaciones. Hay un nivel de autocrítica o de penitencia en el plano teológico que lo va salvando continuamente. «Sí, soy un desastre». Ya está. Se calificó bien y por lo tanto le da dignidad de pecador. Tiene conciencia humana de que se equivoca: equivocarse es humano.

En cambio, el que es corrupto pierde esa brújula. Y se resbala, no se da cuenta. Se va como acostumbrando a respirar otra atmósfera, viciada. Se olvida de cómo es el aire fresco del espíritu, sus horizontes. Y vive en otro mundo, del que difícilmente se sale.

Dicho teológicamente, el pecador sabe que tiene que pedir perdón y de alguna manera u otra lo pide, o por lo menos a sí mismo se lo pide. En cambio el corrupto se olvidó de que existe una dimensión de pedirse perdón. Ese es su hábitat, su mundo es como el del pescado que vive en el agua, lo sacás de ahí y se muere: no sabe vivir de otra manera. La corrupción te anestesia.

Y también hay pseudocorrupciones, o más superficiales, que por ahí no son tan letales. Y creo que la política latinoamericana ha entrado

mucho en esto. La práctica muy extendida en tantos países de que para arreglar un asunto u otro en un ministerio u oficina pública hay que dejar una coima. O algo que está apareciendo en varios países, no solo americanos: el parlamentario que tiene a media familia empleada como asesores.

—¿Cuáles serían algunas de las «pseudocorrupciones» sobre las que hace un llamado de atención?

Por ejemplo, un tipo de favores que se hacen. Porque hay favores que nacen de la amistad, pero hay otros que nacen del interés. El favor que no puede ser sospechado de corrupción es el que hacés desde vos mismo, con lo tuyo: con tu preocupación, con tu bolsillo, con tu corazón, y siempre a la luz del día.

En cambio, cuando hacés favores con lo de otro, o bajo la mesa... es pseudocorrupción. Por eso distinguiría: si lo hacés desde lo tuyo o abiertamente, no tiene peligro de resbalar hacia la pseudocorrupción. Pero si vos tapás algo de un favor que hacés ahí hay un riesgo. Es un criterio de discernimiento.

—¿Y con respecto a la democracia, cómo debe pararse el católico latinoamericano?

La nación es la organización constitucional, básica del país: el modo como se gobierna, las leyes, los poderes que tiene. Y una de esas formas de gobierno es la democracia. Creo que hoy uno de los deberes del católico latinoamericano es el de fortalecer la democracia. Porque como todo sistema político, si no se cuida y se mantiene, tiende a degradarse. Y hay países en el mundo en los que la democracia puede llegar solamente a ser nominal pero no real. Eso se da porque se degradó por la corrupción o por la «confusión» entre los poderes, ya sea por la poca separación entre ellos o por los avances de uno sobre otro.

Hay que estar siempre en vigilia para que se mantenga la democracia en plena vigencia en todas sus formas. Luchar por la democracia es hoy día en América Latina una de las prioridades de los cristianos. La Doctrina Social de la Iglesia, cuando habla de las formas de gobierno, y por tanto de democracia, exige esta lucha.

A veces somos demasiado nominalistas con la democracia. Creemos que somos democrá-

ticos pero no hacemos demasiado examen de conciencia sobre el estado de salud de nuestra democracia. De esta manera, custodiando esa forma de gobierno que en nuestros países se llama democracia, se defiende la república, la cosa pública.